

“OLOMO LO L'AYE: QUIEN TIENE HIJOS POSEE EL MUNDO”: MATERNIDAD EN *QUÉDATE CONMIGO*, DE AYÒBÁMI ADÉBÁYÒ

Brenda Morales Muñoz¹

En años recientes, temas antes considerados privados o íntimos –como la maternidad, la infertilidad, el aborto y los cuidados– se han vuelto una veta central en la literatura publicada –que no escrita– por mujeres en todas partes del mundo. A través de obras de distintos géneros, ficcionales o no, las escritoras han reflexionado y cuestionado el significado de los roles que se les han impuesto en un entorno capitalista patriarcal.

En la literatura africana hay varios ejemplos de obras literarias que se han centrado en la maternidad.² Quizás el más célebre –en occidente– sea *The Joys of Motherhood* (1979), de la escritora nigeriana Buchi Emecheta (1944-2017). En él no sólo se aborda la maternidad desde lo íntimo, sino anclada en un contexto de pobreza y opresión en el que las mujeres no se cuestionan el deseo de convertirse en madres, simplemente deben serlo y si es de varones, mucho mejor.

¹ Doctora en Estudios Latinoamericanos y profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

² En *Lo lejano y lo bello. Feminismos y maternidades africanas a través de su literatura*, Bibian Pérez Ruiz analiza la maternidad en algunas novelas escritas por autoras africanas anglófonas, entre ellas menciona *The Joys of Motherhood*, de Buchi Emecheta; *Purple Hibiscus*, de Chimamanda Ngozi Adichie; *The promised land*, de Garace Ogot; *Our Sister Killjoy* y *No Sweetness Here*, de Ama Ata Aidoo; *The housemaid*, de Amma Darko, *A Question of Power* y *The Collector of Tresures and Other Bostwana Village Tales*, de Bessie Head y *Mother to mother*, de Sindiwe Magona.

Las siguientes líneas se dedicarán a una novela que pone a la maternidad como el eje central del desarrollo de la diégesis y del comportamiento de sus personajes. Ayòbámi Adébáyò (Laos, 1988) publicó la novela *Stay with me* en 2017. Con ella ganó dos importantes premios: el 9mobile Prize for Literature y la edición 2020 del Prix Les Afriques por su traducción al francés *Reste avec moi*. La traducción al español, *Quédate conmigo*, se publicó en 2018 por Irene Oliva Luque en Gatopardo ediciones.

Si bien *Quédate conmigo* toca diferentes y muy complejos temas, por motivos de espacio me centraré en la maternidad. La novela recurre al ingenioso uso de dobles narradores; por sus páginas dos personajes narran desde su perspectiva las mismas partes de la historia, estas voces diferentes actúan como piezas de un rompecabezas que mantienen la tensión narrativa y que, sólo al final, permiten conocer todo el conflicto.

Los protagonistas, el matrimonio formado por Akin y Yejide, no son héroes ni villanos, llevan encima un enorme peso cultural, son verosímiles dentro de su contexto específico. La idea principal que subyace en la novela es que ser madre no es una elección libre. Aquí se subvierte el ideal del amor materno incondicional, se cuestiona si tanto el deseo de convertirse en madre como el amor que despiertan los hijos son reales o son impuestos por una sociedad patriarcal en la que las tradiciones, la familia y el linaje tienen un peso que las mujeres llevan en todo el cuerpo.

Por ejemplo, para la suegra es imperativo que Yejide, como esposa de su primogénito, le dé hijos y se los dé pronto. Es lo único que ella quiere, incluso por encima de la voluntad de Yejide y de Akin. Para ella, las mujeres sólo pueden cumplir la expectativa de trascender o encontrar la felicidad a partir de la maternidad. Una mujer no es una mujer completa si no tiene hijos: “Las mujeres fabrican los niños y si no puedes, pues entonces es que eres un hombre. Nadie debería llamarte mujer” (p. 56). Las mujeres trascienden si tienen hijos, si no son madres, no tienen valor. “Una mujer sin hijos es como una serpiente sobre una piedra, camina pero no deja huella”, dice un refrán yoruba.

En *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Sara Ahmed cuestiona lo que se nos ha dicho que da felicidad a las mujeres: casarse, ser madre, ser exitosa profesionalmente, entre otras metas ¿De dónde vienen esas ideas? Yejide nunca se cuestiona realmente si quiere ser madre, sino que asume que es lo que debe suceder, igual que ella sabe cómo debe conducirse en torno a la vida sexual de la pareja y con la familia de su esposo. A pesar de ser una mujer universitaria y profesionista, no tiene mucha capacidad de agencia, le afecta la presión de su entorno para convertirse en madre.

Por eso, a través de Yejide es posible reflexionar sobre cómo se entiende la maternidad en Nigeria, recordemos que la novela es de 2017 y la diégesis se sitúa en las revueltas sociales y políticas de los años ochenta, aunque también hay saltos temporales, analepsis y prolepsis, en los que se conoce la dura infancia de Yejide al morir su madre en el parto y vivir en una familia polígama. La autora parece decir que las mujeres no pueden existir fuera de lo que se les exige, si no son madres, son borradas, llegará otra esposa que le dé hijos a su esposo, ellas no importan si no cumplen con el rol asignado.

La infertilidad es central, es un tema doloroso y silencioso, de él no se habla. Las parejas sufren y se fracturan porque pueden culparse el uno al otro o romperse si los intentos por conseguir un embarazo son muchos e infructuosos. Otros temas privados en los que Ayòbámi Adébáyò parece poner el dedo en la llaga son la paternidad, la masculinidad, la virilidad y la potencia sexual. Estos, con mucha mayor razón, son temas completamente silenciados. Y, finalmente, se detiene en la sexualidad, sobre todo en la secrecía alrededor de la vida sexual de las mujeres.

Yejide tiene dificultades para concebir y lo intenta todo. Se obsesiona a tal grado que llega ir a la Montaña de los Milagros Prodigiosos para pedirle ayuda a un profeta y tiene pseudociesis, un embarazo fantasma que le causa mucho dolor. Cuando pasa el tiempo y no consigue embarazarse, la suegra presiona para que su hijo recurra a la poligamia, legal en Nigeria, y su segunda esposa, Funmi, pueda darle descendencia. A eso también debe acostumbrarse Yejide: a la presencia de una mujer que en cualquier momento puede darle un hijo a su esposo y desplazarla.

Los esfuerzos de Yejide por embarazarse no son heroicos, no estamos ante el camino de una heroína, sino ante el sufrimiento y el dolor de una mujer. La protagonista de la novela nunca es feliz, nunca puede ejercer su maternidad y eso es algo brutal. Aunque logra embarazarse, vive sus embarazos y sus maternidades con más miedos que alegrías. Nacen tres hijos: Olamide, Sesan y Rotimi. Sobre ellos expresa “cada uno me había dado tanto como me había quitado. Mis recuerdos de ellos, agridulces y constantes, eran igual de potentes que una presencia física” (p. 313). Olamide fue una niña deseada; sin embargo, Yejide no deja de mencionar el cansancio y las culpas asociadas a la maternidad:

Una madre debe estar siempre alerta. Debe ser capaz y estar dispuesta a despertarse diez veces cada noche para dar de mamar a su bebé. Después de esa vigilia intermitente, a la mañana siguiente debe verlo todo con claridad para poder notar cualquier cambio en su bebé. A una madre no le está permitido que se le nuble la vista. Debe percatarse de si el llanto de su bebé es demasiado fuerte o demasiado bajo. Debe saber si la temperatura del niño ha subido o ha bajado. A una madre no se le puede pasar por alto ninguna señal (p. 159).

El sufrimiento que padece la protagonista es inconmensurable, pierde a sus hijos por una enfermedad. Con esas pérdidas se habla de los abiku³: niños que están destinados a vivir poco, “que han prometido morir jóvenes en el mundo de los espíritus” (p. 218). Abiku, en yoruba, significa “predestinado a la muerte”, así se les llama a los niños que nunca se convierten en adolescentes. Ese vocablo también nombra a los espíritus de esos niños, incluso existe la creencia de que son malos porque regresan a la misma madre para renacer varias veces, causándole mucho dolor porque entre sus planes nunca está mantenerse con vida. La suegra dice que Olamide “era una mala hija, una niña malvada que había elegido morir” (p. 165) y cuando Sesan muere le pide azotar su cuerpo “para que la próxima vez que renazca las marcas del recién nacido adviertan que el niño muerto ha regresado para atormentar a su madre” (p. 229). Yejide se niega a pensar en sus hijos como espíritus malignos. Ella no cree en abikus y también por eso es criticada, por confiar

³ Los niños abiku aparecen en otras novelas nigerianas como *The Famished Road* de Ben Okri y *Abiku* de Debo Kotun.

sólo en la medicina occidental, en remedios de hombres blancos, y no en sus propias tradiciones.

Cuando nace su tercera hija, Rotimi, Yejide ha pasado por la muerte de dos de sus hijos, por lo que establecer un vínculo amoroso con la bebé es complicado, está devastada: “Yo no sabía qué hacer con aquella niña que berreaba y a la que todos los días [...] le suplicábamos: quédate conmigo [...] Yo no tenía la fuerza suficiente para quererla cuando sabía que podía perderla, así que la sostenía despegada de mí, con pocas esperanzas” (p. 233). El lazo materno filial entre Yejide y Rotimi es frágil, a ella no le cuenta cuentos, no le inventa juegos, no la cuida como a los demás. Ya no le quedaban fuerzas para disfrutar su maternidad, “era como si le hubiesen extirpado toda posibilidad de alegría” (p. 277), dice Akin. Yejide había sido madre, pero ya no lo era, nunca se sintió una mujer completa. No hay una palabra que sirva para nombrar a una madre que ha perdido a sus hijos, se sigue siendo madre, aunque ellos ya no estén.

La experiencia materna nunca es la misma para las mujeres, tanto la decisión de ser madre como el embarazo y la crianza, están atravesadas por ejes de clase y raza que si se obvian se puede correr el riesgo de no comprender a cabalidad por qué en esta novela los personajes se conducen de la forma en la que lo hacen. Parece que la maternidad define a las mujeres, ya sea porque se es o no se es madre. ¿Tener descendencia o no es tan definitorio? Para estos personajes situados en la sociedad nigeriana urbana de los años ochenta sí lo es porque consideran la ancestralidad, la importancia de convertirse en ancestros, de que alguien pueda contar sus historias. Los hijos son depositarios de la genealogía, son sus narradores y, si se termina el linaje, se silencia para siempre. Por eso es un asunto comunitario y familiar, no un tema privado. Estamos ante conceptos como linaje y genealogía muy distintos a como se entienden en un mundo colonial occidental. *Quédate conmigo*, más allá de la historia y la anécdota, tiene un tejido narrativo impecable y una construcción entrañable de los personajes. Su lectura sin duda hará reflexionar sobre la maternidad y la paternidad en y fuera de occidente.

BIBLIOGRAFÍA

Adébáyò, Ayòbámi, *Quédate conmigo*. Barcelona: Gatopardo ediciones, 2018.

Ahmed, Sara. *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2019.

Emecheta, Buchi. *The Joys of Motherhood*. Oxford: Henemann, 1994.

Pérez Ruiz, Bibian. *Lo lejano y lo bello. Feminismos y maternidades africanas a través de su literatura*. Madrid: Fundamentos, 2012.